

---

## Discurso por el sesquicentenario de la inmigración china \*

---

Fernando de Trazegnies Granda

### I. Las fases de la inmigración.<sup>1</sup>

#### a. La inmigración de siglo XIX.<sup>2</sup>

Hace ciento cincuenta años, el 15 de octubre de 1849, atracaba en el puerto del Callao la barca danesa «*Frederick Wilhelm*» con setenticinco chinos que venían a trabajar al Perú. Y es así como se da inicio a una intensa actividad migratoria desde China a nuestro país; en la que al menos podemos distinguir dos períodos con características marcadamente diferentes: de un lado, está la inmigración del siglo XIX, que consiste básicamente en la importación por el Perú de mano de obra en condiciones serviles; y, de otro lado, la inmigración del siglo XX, en la que los chinos vienen como inmigrantes libres, algunos con un cierto capital, otros solamente con su buena voluntad y su capacidad de trabajo, para iniciar una nueva vida en el Perú.

La primera inmigración duró desde 1849 hasta 1874; aunque hablando estrictamente, esa inmigración tiene a su vez dos períodos: el primero entre 1849 y 1856, año en el que Ramón Castilla prohíbe el

---

\* Dado el 20 de octubre de 1999, en el Congreso de la República del Perú.

1 Los datos que no tienen una nota específica de pie de página han sido tomados de Fernando de Trazegnies: *En el País de las Colinas de Arena*. 2 v. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.

2 Sobre este tema, se recomienda especialmente -además del libro indicado en la nota primera- la lectura de Watt Stewart: *La servidumbre china en el Perú. Una historia de los culíes chinos en el Perú 1849-1874*. Lima: Mosca Azul Editores, 1976. Asimismo, Humberto Rodríguez Pastor: *Hijos del Celeste Imperio en el Perú (1850-1900). Migración, agricultura, mentalidad, explotación*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario, 1979.

ingreso de asiáticos al país; el segundo entre el 18 de marzo de 1861 (en que se autoriza nuevamente esta inmigración) y el 2 de junio de 1874 (en que llega el último barco chinero, después de que la colonia portuguesa de Macao prohíbe la emigración por su puerto de chinos *coolies*).

Parece indudable que los setentecincos chinos que llegaron en 1849 no eran los primeros inmigrantes de ese país en el Perú. Todo hace pensar que ya en el Virreinato, algunos chinos arribaron a nuestras costas en los barcos que hacían el comercio con Manila. En el Padrón que manda hacer el Marqués de Montes Claros en 1613, encontramos a treintiocho personas que residen en Lima y a quienes se les atribuye ser «indios de la China»<sup>3</sup>. Es probable que muchos de ellos fueran propiamente filipinos; pero es probable también que algunos de ellos fueran efectivamente chinos embarcados en Manila. Sin embargo, consideramos el año de 1849 como fecha de inicio de la inmigración sistemática y masiva.

En realidad, la inmigración sistemática venía siendo considerada como una posibilidad desde mediados de la década de 1840. En 1845 se había iniciado un proceso migratorio de chinos a Cuba. En el Perú, si bien había existido un contacto con el Asia durante la época del Virreinato a través de las expediciones que partieron del Callao, es recién en 1841 que un barco peruano llega a las costas de China para hacer negocios. Y a partir de ese momento hay cada vez más contactos comerciales. Es probable que los hombres de negocios peruanos se hayan enterado en los puertos chinos de esta nueva modalidad que había desarrollado Cuba para conseguir mano de obra. Es así como surgió la idea de hacer lo mismo desde el Perú. En 1847, el diputado Manuel E. de la Torre presentó a la Cámara un proyecto de ley de inmigración por el que el Estado podía convenir con capitalistas privados para que actuaran como casas importadoras de mano de obra: los inmigrantes estarían exentos de impuestos y, al término de su contrato, recibirían 25 acres de terreno para que se instalaran como colonos. Pero este proyecto fue rechazado.

Domingo Elías, hombre público con un gran poder político pero también un sagaz inversionista, advirtió que la inmigración podía

---

3 Fernán Alayza Alves-Olivera: «Chinos en el Perú Virreinal», en *La República*. Lima, 15 de octubre de 1999.

convertirse en un gran negocio dado el apremio de mano de obra que existía en la agricultura peruana y la gran cantidad de inmigrantes que podían traerse. Gracias a sus influencias, consiguió que el Congreso aprobara el 17 de noviembre de 1849 una Ley de Inmigración -posiblemente redactada por él mismo- que otorgaba un subsidio por chino inmigrante en favor de quienes se encargaban de traerlos. Pero esta ley tenía dos elementos verdaderamente extraordinarios. De un lado, si bien uno de sus artículos hablaba de la posibilidad de que existieran importadores subsidiados, otro de sus artículos establece un monopolio de la importación de chinos en favor de Domingo Elías y de su socio. De otro lado, la seguridad de Elías en su poder político lo había llevado a adelantarse y a encargar setenticinco chinos que debían llegar inmediatamente después de la entrada en vigencia de la ley. Sin embargo, la ley se retrasó hasta noviembre y la barca «*Frederick Wilhelm*» llegó, como hemos dicho, el 15 de octubre con los chinos de Elías. Entonces este obtuvo que se introdujera en último momento un artículo en la ley por el que se declaraba expresamente que esos setenticinco chinos estaban comprendidos retroactivamente en ella y que a Domingo Elías le correspondía el subsidio establecido.

Don Domingo Elías colocó un agente en Hong Kong para que se encargara de reclutar y embarcar chinos. El privilegio otorgado en su favor no duró mucho y pronto otras personas entraron en el negocio y colocaron a su vez agentes en China. Cuando Inglaterra prohíbe la exportación de trabajadores serviles por Hong-Kong, estos agentes pasan a establecerse en Macao.

Los chinos eran contratados como *coolies*, lo que implicaba condiciones de trabajo muy duras y prácticas deshonestas tanto en la contratación como en la vida diaria en el centro laboral. Aprovechándose de la pobreza de los chinos, éstos eran convencidos con afirmaciones falaces sobre el brillante porvenir que les esperaba en el Perú. Cuando años más tarde la inmigración se incrementó hasta alcanzar proporciones realmente extraordinarias, los agentes organizaron una red nefasta de reclutamiento a fin de satisfacer las crecientes demandas de los importadores peruanos. El sistema tenía varios niveles de subreclutadores, de manera que cada nivel pagaba una comisión al reclutador del nivel inferior por conseguirle un chino; en la cúspide estaba el agente peruano, pero los reclutadores de los niveles inferiores eran todos chinos. Los procedimientos que se utilizaron para el engan-

che fueron en su gran mayoría dolosos: la intimidación, la seducción a través de una noche de juerga cuyos gastos el juerguista no podría pagar al despertar el día siguiente, el secuestro en los caminos de China. Incluso se dice que algunos mandarines comunicaban a las autoridades políticas superiores que el verdugo se había encargado de ejecutar a los que habían sido tomados prisioneros al debelar la revolución del Taiping pero, en realidad, vendían tales prisioneros a los agentes peruanos.

El transporte desde China hasta el Callao tenía lugar en condiciones pavorosas. La navegación se hacía en embarcaciones a vela: bergantines, goletas, pero principalmente en barcas y fragatas. Los pequeños bergantines y goletas tenían apenas alrededor de 200 toneladas de registro, mientras que las barcas alcanzaban 500 toneladas y las fragatas hasta 1,500. Obviamente, la cantidad de chinos que venía por buque era diferente según su tamaño. Así podemos ver que los barcos pequeños traían entre cien y ciento cincuenta inmigrantes mientras que los grandes promediaban ochocientos chinos por viaje. A su vez, la duración del viaje dependía del tipo de embarcación: una fragata podía hacer la travesía en 90 días, mientras que un pequeño bergantín podía tardar 6 meses. El *record* de velocidad lo tuvo la fragata «*Hertwarth*» que puso sólo 72 días transportando 626 chinos. Por su parte, el *record* de duración lo tuvo la barca «*Falcon*» que, transportando 249 culíes, puso 190 días entre Macao y El Callao.

Estos barcos eran en su gran mayoría italianos y franceses, pero hubo también un 30% que usó bandera peruana y muchos más de diferentes banderas como salvadoreña, portuguesa, danesa, alemana, rusa, y otras. Sin embargo, la bandera quiere decir poco respecto de su verdadera nacionalidad, debido a que los barcos las cambiaban según las ventajas tributarias del momento. Es así como, hacia 1868, todos querían ser salvadoreños. Pero parecería que la mayor parte de estos barcos «chineros» fueron de propiedad de italianos.

La navegación en el siglo XIX era, en general, muy peligrosa tanto para los tripulantes como para los pasajeros ya que no existían las condiciones de seguridad, higiene, alimentación y comodidad de un barco moderno. La ausencia de sistemas de refrigeración hacía que los alimentos fueran escasos, monótonos y, por regla general, se deterioraban mucho durante el viaje. El estado de la medicina no permitía controlar fácilmente las enfermedades, en especial cuando asumían

características de epidemia. Podemos imaginar, entonces, cómo estos peligros aumentaban en barcos donde se transportaba a la gente hacinada y donde no se tenía el menor respeto por el pasajero porque era considerado simplemente como carga. Esto dio lugar a que la mortalidad durante la travesía fuera exorbitante. Encontramos algunos barcos que exceden el 50% de mortalidad, como el de la barca *Ligure*, de propiedad del italiano Rocco Pratolongo, donde fallece el 70% de los pasajeros y además se ve obligada a dejar 54 chinos abandonados en Tahití. Hay también casos excepcionales de una mortalidad mínima, como el de la «*Frederick Wilhelm*» en la que no muere un solo pasajero. En general, durante los primeros años de la inmigración hay un porcentaje de mortalidad bastante bajo, que apenas alcanza al 2%. En cambio, cuando el transporte se vuelve masivo, la mayor parte de los barcos tiene una mortalidad que fluctúa entre el 25% y el 30%; sin perjuicio de que un buen número de viajes registren todavía una mortalidad inferior al 3% y algunos inferior al 1%.

Llegados al Callao, los consignatarios o importadores procedían a transferir a los chinos a sus nuevos patrones. Para este efecto, aquellos que no habían venido por pedido especial de una persona determinada eran sacados a remate en el barco. Dado que la esclavitud estaba prohibida, no se transfería al inmigrante como persona sino el contrato de ocho años que ese inmigrante había firmado. Sin embargo, desde el punto de vista práctico, se colocaba al cuello del inmigrante el número de su contrata, de manera que los posibles compradores del contrato podían examinarlo a su gusto para comprobar si era satisfactorio físicamente para el duro trabajo que le esperaba. Producido el remate, el contrato era endosado al nuevo amo.

Las labores para las que estaba destinado el inmigrante eran, al principio, tanto la agricultura como el infierno de la extracción del guano. Sin embargo, el Estado peruano prohibió después que los chinos fueran utilizados en las islas guaneras, pues morían en grandes cantidades debido a la insalubridad de la extracción. Hacia el final de esta inmigración del siglo XIX, la construcción de ferrocarriles fue otra actividad que recibió notablemente el apoyo de la mano de obra china, junto con la agricultura.

Las condiciones laborales eran muy severas y los chinos estaban prácticamente prisioneros en la hacienda, donde todas las noches eran encerrados en el galpón para evitar fugas. Es importante notar que se

trataba de contratos irrevocables. En consecuencia, el chino no podía abandonar el trabajo antes de terminado el plazo de la contrata, como puede hacerlo cualquier trabajador actualmente mereciendo únicamente sanciones pecuniarias en caso de no haber cumplido con el plazo del contrato. Si el chino quería dejar de trabajar para un patrón, esto era considerado como una fuga; y la policía del Estado o también ciertas personas especializadas se encargaban de capturarlo y devolverlo a su patrón. Es por ello que, aun cuando estaban sujetos a contrato y a una remuneración, puede decirse figurativamente que era un régimen de semi-esclavitud.

Vencidos los ocho años de trabajo, los contratos casi siempre serán muchas veces renovados; hasta el punto que se ha encontrado algunos *coolies* que estaban más de 30 años al servicio del mismo patrón. Estas renovaciones obedecían a veces al interés mutuo del patrón y del inmigrante chino. Si el patrón quisiera sustituir al chino cuya contrata había vencido por otro chino recién llegado de Macao, habría tenido que pagar 500 pesos a un importador para que le transfiera la contrata; en cambio, para conseguir la renovación, bastaba pagarle 150 pesos al propio chino para que se reenganche, lo que era un costo bastante menor. Por su parte, para el inmigrante chino este trato podía resultar conveniente, porque la suma de 150 pesos era mucho dinero y podía constituir un ahorro que le serviría como capital para comenzar algún negocio al término de su nueva contrata. Sin embargo, en muchos otros casos, la recontracta era impuesta por el patrón al chino sin pagarle nada, recurriendo a un sinnúmero de argucias; fundamentalmente, utilizaba el argumento de que no podía abandonar la hacienda mientras no hubiera cumplido con el íntegro del pago de las deudas que tenía ese trabajador con el tambo de propiedad de la misma hacienda.

En esta forma llegaron al Perú cerca de 100,000 chinos en 25 años, entre 1849 y 1874. El mayor número llegó entre 1861 y 1874, cuando la ley peruana reabrió el negocio chinero después de la prohibición. El año *record* fue el de 1872, en el que llegaron más de 13,000 chinos. Una pregunta que todos nos hacemos ante la magnitud de esta inmigración y las características de ella es ¿por qué se produjo? Para que una operación de esta naturaleza tenga éxito se requiere conjugar un interés o necesidad de los hacendados peruanos (que fueron quienes en su mayor parte acogieron la mano de obra china), un interés

o necesidad de los mismos chinos y un interés de los importadores que hicieron el puente entre esos otros dos intereses o necesidades. Examinemos rápidamente estas tres perspectivas.

Los hacendados peruanos requerían mano de obra para sus campos. Como dijo algún autor de la época, la agricultura peruana se parecía a la Venus de Milo: bella, pero sin brazos. La agitación militar causada por las guerras de la Independencia primero y por las luchas entre caudillos políticos después, desarticuló el sistema agrícola creando una gran inseguridad en el campo. Las tropas que pasaban por las haciendas reclutaban forzosamente a los trabajadores, por lo que éstos preferían huir a las alturas y permanecer en sitios escondidos antes que trabajar en la actividad agrícola regular. Por otra parte, la abolición de la esclavitud creó una falta de brazos debido a que no habían trabajadores libres disponibles que pudieran reemplazarlos. La población serrana del Perú no estaba dispuesta a bajar a trabajar en los campos de azúcar y algodón de la Costa, porque prefería continuar apegada a sus pequeñas parcelas -pobres, pero propias- de las alturas y también por los riesgos de enrolamiento obligatorio que existían en la Costa. En consecuencia, cuando el hacendado peruano tomó conocimiento de que Cuba estaba importando chinos para solucionar un problema similar, no vaciló en hacer lo mismo.

Por el lado de China encontramos una situación muy complicada que obliga a muchos chinos a emigrar a pesar de estar legalmente prohibida y ser sancionada con la muerte si se capturaba a la persona. De un lado, la China Imperial había tenido un crecimiento de población desorbitado entre el siglo XVIII y el siglo XIX. Sin embargo, no había tenido un crecimiento productivo similar porque la decadencia de una civilización humanista había llevado a privilegiar de tal manera la poesía, la caligrafía y la administración que se había producido un descuido total de la ciencia y la tecnología. A todo ello se agrega que China acababa de pasar por una revolución tan exótica como violenta: el Taiping que, bajo la dirección de un supuesto iluminado quien decía que Cristo se le había aparecido, había declarado una encarnizada guerra santa contra el Imperio a nombre del futuro Reino Celestial de la Gran Paz. La represión había sido tan feroz como la revolución; y un gran número de campesinos estaba siendo perseguido para ser ejecutado, por lo que huían de sus comarcas hacia los puertos para tratar de embarcarse con algún destino desconocido. De esta manera, la pobre-

za, la inseguridad y el miedo, fueron un caldo de cultivo adecuado para la seducción o para la intimidación del reclutador al servicio de los importadores peruanos de chinos.

Por último, ¿qué ganaban estos importadores? ¿qué tan bueno era el negocio? Felizmente, hemos podido obtener información documental para estudiar la manera como concebía el negocio uno de los primeros importadores, allá por el año de 1856, cuando todavía no se había llegado al auge de la década del setenta con grandes y poderosas casas introductoras de chinos. Este primer importador era, en realidad, el propietario de un buque de cabotaje. Pero un día se decide a enviarlo a China y, para ello, hace sus cálculos de previsiones en una simple hoja de papel de notas. Ahí podemos ver que el barco no va vacío a China sino que lleva cobre en barras y algodón para vender en ese país. Para el regreso, este armador calcula que el barco puede traer - más o menos con la misma rentabilidad- sea arroz, sea chinos. Estos cálculos arrojan una ganancia probable de 55,000 pesos; cifra que es confirmada por otras fuentes. Si recordamos que en esa época el peso peruano es equivalente al dólar y que estamos hablando de 55,000 dólares de hace 150 años, podremos tener una idea de las cuantiosas utilidades y de la magnitud del negocio que representaba la trata chinera.

Uno de los aspectos que me interesa destacar especialmente es la evolución que tiene esta creciente comunidad china en su proceso de integración dentro de la sociedad peruana. La limitación que les impone la diferencia de idioma y de costumbres es bastante grave en un primer momento y ello los hace aún más dependientes de sus patrones. Sin embargo, su capacidad de trabajo, su sentido de superación, su deseo de sobrevivir en un ambiente para ellos inhóspito e incluso hostil, los lleva a dejar atrás las épocas del trabajo servil en el campo y a formar parte de la vida peruana.

Los chinos que vienen como *coolies* son exclusivamente hombres en edad de trabajar. Venían para prestar servicios rudos, de modo que los importadores no se preocupaban de traer mujeres, niños ni ancianos. Esto hizo que los chinos buscaran sus parejas dentro de esa amplia gama de mestizaje que tiene el Perú, contribuyendo con características asiáticas a las nuevas mezclas que constituyen la población nacional del Perú de hoy. De esta manera, ya en la segunda generación, los descendientes de estos chinos eran tanto o más peruanos que chinos: tenían sangre peruana, se habían criado dentro del marco de

la cultura peruana y consideraban al Perú como su patria con igual derecho que cualquier otro peruano.

Terminado finalmente el plazo de la contrata, el chino se dirigía a Lima o a una ciudad próxima de la hacienda donde había trabajado e instalaba un pequeño negocio. Cuando los chinos se quedaban cerca de la hacienda, se convertían usualmente en los proveedores de ella a fin de procurarles un sinnúmero de productos locales ... incluyendo mano de obra china. Middendorf cuenta que en Casma, las tiendas de la calle principal eran de italianos o de chinos; y que las de éstos últimos parecían mejores. Muchos chinos abrieron fondas, agrupándose incluso varios de ellos a fin de reunir el capital necesario para hacerlo. Otros, con un ahorro mayor, abrían una pulpería. Cuando las cosas se presentaban mejor, se instalaban en el Barrio Chino y se dedicaban a la importación y comercialización de productos asiáticos. Un buen número era prestamista, lo que les permitía reunir el capital para hacer después inversiones en otros negocios. De manera que todos esos *coolies* que llegaron en condiciones precarias y sometidos a los patrones, lograron independizarse sobre la base de su propio esfuerzo y se dedicaron a pequeños negocios, asegurando su vida libre.

Middendorf hace un comentario al respecto que deja muy bien a los chinos pero, lamentablemente, algo mal a los peruanos. Nos dice: «Los chinos que han vivido largo tiempo en el Perú y que ahora son hombres libres, se encuentran muy a gusto en el país, ya que gracias a su laboriosidad como a su sentido económico, y además entre tantos ociosos y derrochadores, han podido progresar y adquirir fortuna con mucha más facilidad que en su patria».<sup>4</sup>

#### b. La inmigración del siglo XX.

La inmigración del siglo XIX fue, pues, básicamente de trabajadores *coolies*. Sin embargo, hacia fines de siglo comenzaron a llegar además inmigrantes chinos independientes que pretendían cubrir el mercado de productos y servicios que requería la comunidad china en el Perú. Dado que esta comunidad había crecido en una forma tan extraordinaria, se hacía necesario que ella contara con proveedores del mismo origen.

---

4 E. W. Middendorf: Perú. Observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1973, p. 212.

Es así como alrededor del año de 1870 vemos que dentro de la comunidad china hay respetados representantes de los gremios de Cantón y de Fukién. También observamos en los periódicos de la época una gran cantidad de avisos de herbolarios chinos y sabemos que los hubo en tal número que provocaron los celos del gremio médico, el que se encargó de perseguirlos por ejercicio ilegal de la medicina. Nos quedan algunas fotografías de estos herbolarios en las que se puede apreciar que son gente de fortuna y de una cierta educación, vestidos en forma tradicional con costosas sedas chinas y situados en un ambiente en el que se observan muebles lujosos. Es verdad que muchas veces el fotógrafo prestaba todo el decorado. Sin embargo, está comprobado que efectivamente muchos de esos chinos hicieron fortuna y vivieron en un ambiente chino de calidad. Además, estas fotografías eran tomadas por Courret, que era el fotógrafo de las clases altas limeñas.

Hacia fines de siglo encontramos algunos chinos como propietarios y arrendatarios de haciendas, los que a su vez utilizaban a otros chinos como trabajadores. Por ejemplo, una parte de la hacienda azucarera Pucalá fue arrendada a la firma china Wing On Tay y Cía., la que tenía contratados a más de 100 chinos libres. Lo mismo sucedió con la hacienda de la testamentaría del señor Ausejo.

Como consecuencia positiva del Tratado con China de 1874 que establecía barreras jurídicas a la trata de chinos enganchados, en el siglo XX la inmigración ya fue solamente de personas independientes que venían al Perú sea para contratarse libremente, sea para poner algún negocio cuya magnitud podía variar en función del capital (usualmente modesto) del inmigrante.

Y es en esta forma como la comunidad china en el Perú se reconstituye íntegramente en el siglo XX con antiguos *coolies* que habían terminado su contrata y que tenían algún ahorro, y con nuevos inmigrantes libres. Estos nuevos grupos se asientan en diferentes partes del país, incluyendo, la selva y la sierra. La actividad de esta nueva comunidad china se orienta fundamentalmente al comercio.

Isabelle Lausent<sup>5</sup> ha explicado de manera muy interesante este proceso de reconstitución en la localidad de Aco, una pequeña población

---

5 Isabelle Lausent: *Pequeña propiedad, poder y economía de mercado. Acos, valle de Chancay*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Instituto francés de Estudios Andinos, 1983.

de la parte alta de la quebrada de Chancay, que es un ejemplo típico de este proceso. Los chinos llegan al pueblo y se convierten en los comerciantes principales de la región. Hay que recordar que durante la época del auge *coolie*, los chinos, avergonzándose de su diferencia, habían tratado de pasar desapercibidos en medio de la población peruana, castellanizando sus apellidos o aceptando el apellido del dueño de la hacienda en la que trabajaban y procurando (infructuosamente) mimetizarse con la población peruana. En cambio, en el nuevo período que se inicia a fines del siglo pasado al que me refiero ahora, los chinos y sus descendientes fortalecen sus raíces y tradiciones ancestrales. Los hijos de *coolies* recuperan muchas veces sus nombres chinos, agregándolos a los apellidos españoles que habían recibido o sustituyendo directamente esos apellidos ajenos por los propios. Asimismo, se regresa a la idea de la familia extendida y del clan familiar. Y, lo que es muy interesante, la comunidad china como un todo siente que como tal tiene también una suerte de parentesco común. Es sintomático el papel que juega el bautismo en ese proceso. Durante el período de la inmigración *coolie*, muchos chinos habían sido bautizados y usualmente el padrino era el dueño de la hacienda. En cambio, a partir de la recuperación de su dignidad cultural, los chinos buscan como padrinos a otros chinos; lo que contribuye a extender la idea de familia en el interior de la comunidad.

Este sentido familiar que renace se institucionaliza a través de diversos tipos de asociaciones. Ya en el siglo XIX se habían creado las primeras sociedades de beneficencia chinas, formadas por los chinos libres. Esta tendencia se va a hacer más fuerte en el siglo XX, al punto que aun en las pequeñas localidades los chinos se organizan en clubes o hermandades. Por otra parte, si bien en la época anterior los chinos -que normalmente habían llegado sin mujer al Perú- tomaban como parejas a mujeres mestizas, a partir de entonces refuerzan sus vinculaciones matrimoniales dentro del grupo cultural, de manera que los viudos y los recién llegados ya no se casan sino con descendientes de chinos.

En el plano económico, los comerciantes chinos asocian sus intereses y tienden a hacer negocios solamente entre ellos; los no chinos son simplemente clientes. Aún más estrictamente, el negocio asume muchas veces un marco familiar cerrado. En estos casos, solamente los parientes inmediatos son incluidos y es el más anciano quien ejerce

tanto la autoridad familiar como también la dirección comercial de la empresa. El papel de esta autoridad va mucho más allá del ámbito económico pues tiene además -y quizá sobre todo- la responsabilidad de velar porque el grupo familiar se mantenga unido y porque se transmitan las tradiciones de generación en generación.

A todo ello se agrega un cierto regreso a los cultos ancestrales, que muchos de los chinos bautizados y profundamente católicos no los consideran incompatibles con su nueva religión. Es así como puede verse nuevamente en las casas las lámparas votivas en homenaje de los antepasados y se hace popular la veneración al llamado San Acón. Este personaje -que, ciertamente, no se encuentra en el santoral cristiano- resulta un caso curioso de sincretismo religioso. No es fácil determinar el origen de este culto. Sin embargo, con las referencias de miembros de la comunidad china, parecería que se trata de Kuang Kong, un guerrero legendario del Sur de la China, al que el Emperador Amarillo consideró como un modelo de vida por su coraje, su fidelidad y su respeto por los principios de la organización familiar, ordenando que se construyesen templos en su honor. El pueblo divinizó a este personaje, quien se convirtió en la deidad de la valentía, del comercio y del hogar. En el Perú y con la influencia del cristianismo, Kuang Kong habría pasado a ser San Acón y se convirtió en el patrón de la colonia china.

Como puede apreciarse, durante esta fase, que cubre una buena parte del siglo XX, la comunidad china hace un esfuerzo por reencontrarse a sí misma. No quiere perderse o diluirse dentro de la cultura del país en el que se ha instalado sino que intenta afirmar su propia identidad para, una vez reconstituida ésta, asociarse e integrarse maduramente como un todo cultural organizado y no simplemente como individuos aislados que se diluyen dentro de una comunidad cultural ajena. Sin embargo, dada la difícil situación pasada en la época anterior, esta afirmación de los elementos comunes asume un carácter defensivo que se manifiesta en un intento de encierro dentro de sus propios límites, precisamente con el objeto de marcar esos límites que son el fundamento de su identidad cultural.

Hacia fines del siglo XX, una vez obtenida la seguridad en su propia raíz y recobrada la dignidad de origen, esa actitud cerrada se vuelve menos necesaria. Entonces observamos que los chinos y descendientes de chinos se abren nuevamente hacia el resto del país: los miem-

bros de la comunidad china se casan otra vez con personas que no tienen ascendencia china, intervienen activamente y exitosamente en el mundo de los negocios, se comprometen en el servicio al país asumiendo diversas funciones públicas.

## 2. Los aportes de la comunidad china al Perú

Después de esta breve reseña de esa historia valiente y exitosa de la comunidad china en el Perú, cabe preguntarnos: ¿qué nos han aportado los chinos? Durante estos ciento cincuenta años de presencia en el Perú, ¿cómo han contribuido al desarrollo de este país?

Quizá uno de los aportes más importantes que han hecho los chinos y del cual los peruanos hemos estado generalmente poco concientes y hemos sido poco agradecidos, ha sido la contribución decisiva que efectuaron en el siglo pasado para la construcción del Perú del siglo XX.

Es preciso no olvidar que el Perú encuentra la posibilidad de su independencia económica e inicia su desarrollo con la agricultura de plantación. Las primeras fuentes de producción en el siglo pasado no son todavía las minas sino el cultivo y exportación del algodón y del azúcar. Y esta actividad crucial en la historia económica del Perú hubiera sido imposible sin el esfuerzo y el trabajo sacrificado de los chinos. Sin esa mano de obra, sin el sudor que los chinos ofrendaron al pueblo peruano, la agricultura de plantación no hubiera podido desarrollarse y hubiéramos entrado al siglo XX en otras condiciones. Recordemos que, en buena medida, los primeros bancos surgen de la agricultura y basan sus operaciones en la actividad económica generada por la agricultura. El otro pilar del negocio bancario estaba constituido en la extracción y venta del guano, actividad en la que, a pesar de las prohibiciones gubernamentales, la mano de obra china fue también esencial. De otro lado, la red de pequeños comerciantes que establece la comunidad china moviliza un gran número de productos y da vida a la economía en la escala local. Por consiguiente, esos aportes del trabajo chino y de la mentalidad comercial del chino están en la base misma de la relativa modernización y desarrollo económico que nos introduce en el presente siglo.

Juan de Arona -que como sabemos era Pedro Paz Soldán y Unanue- es uno de los pocos que reconoce estos aportes fundamentales de los

chinos, a los cuales agrega además otros aportes culturales interesantes. Escribiendo todavía en el siglo pasado decía que los inmigrantes chinos «hinchieron [*sic*] de una población laboriosa y flotante los valles y las haciendas de la Costa, que llevaban su iniciativa industrial hasta los puntos más internos de la sierra y aún de la montaña, que determinaron el gran auge agrícola que por varios años disfrutó el Perú, que introdujeron multitud de menudas y nuevas industrias, que lo abaratan todo, y que debido a ello y sus fonditas de ínfimos precios, se acostumbró nuestra plebe a comer en manteles y a usar cubiertos y vasos»<sup>6</sup>.

En el aspecto cultural y social, encontramos también aportes significativos. En primer lugar, el Perú se ha enriquecido con la contribución académica de algunos distinguidos miembros de la comunidad china, tales como el intelectual Pedro Zulen, como el filósofo Víctor Li-Carrillo, como Emilio Choy en el campo de la Historia, Siu Kam-Wen en la novela y Eugenio Chang Rodríguez en la Lingüística. En la política hemos tenido también la participación de la comunidad china a nivel de ministros de Estado, como Pedro Guimoye, como Víctor Joy Way, numerosos congresistas y funcionarios. Los descendientes de chinos están presentes de manera destacada en todos los aspectos de la vida peruana, en el mundo de los negocios, del arte, de la ciencia y del deporte.

Y también en la vida cotidiana del Perú de hoy encontramos gratas huellas del aporte de los inmigrantes chinos. Ante todo, la cocina china en el Perú ha pasado a formar parte de las costumbres peruanas: este es un caso interesante de integración sin pérdida de identidad cultural; es decir, el chifa sigue siendo chino aunque es una institución perfectamente peruana. Pero además, estoy seguro de que la influencia de la exquisitez de la cocina china ha marcado el paladar de los peruanos y las exigencias peruanas por la buena mesa. En muchos casos, los chinos que estaban cumpliendo su contrata en una hacienda eran traídos por el patrón a su casa en la ciudad para que sirvieran de cocineros. Ese chino cocinaba platos europeos y peruanos; pero ponía en ello el buen gusto, el sibaritismo y el afán de perfección de la cocina china.

---

6 Juan de Arona: *La inmigración en el Perú. Monografía histórico-crítica* [1891]. Lima: Academia Diplomática del Perú, 1971, p. 89.

De esta manera, el Perú fue adquiriendo una cultura gastronómica que hoy día es una característica relevante de nuestro país. Esa fama que el Perú tiene hoy de su buena cocina se la debe en buena parte, pienso, a los cocineros chinos de fines del siglo pasado.

Estas huellas gratas y profundamente marcadas en la vida del pueblo peruano se encuentran también a nivel de la infancia. ¿Quién no ha utilizado alguna vez en su vida el juego de *Yan-quen-pó* para «regir» una situación, para escoger el primero a quien le toca jugar o para dirimir un empate? ¿Quién no ha enfrentado la piedra a la tijera y el papel a la piedra o la tijera al papel? Pues se trata sencillamente del *Pau-Jien-Tap*, juego muy popular también entre los niños chinos y lleva ese nombre en la China porque «*pau*» significa envolver, «*jien*» significa tijera y «*tap*» significa martillo. Como puede apreciarse la única variación (irrelevante) entre uno y otro juego está en que en el Perú el martillo se convierte en piedra. Ignoro la razón por la que el nombre de este juego chino se transformó en *Yan-quen-pó* en el Perú; palabra que, por lo demás, también tiene una sonoridad china.

Un elemento altamente positivo que se deriva de la fuerte presencia china en el Perú es que constituye un puente para el acercamiento con el Oriente y, en particular, con la China misma.

No cabe duda que en el mundo de los próximos años, China jugará un papel cada vez más importante dentro de la política y de la economía mundial. Después de haber permanecido durante algunos siglos en una situación marginal, el Asia está volviendo a despertar. Y, lo que es muy interesante, después de que Occidente ensayó por mucho tiempo occidentalizarla como condición para integrarse dentro de la economía mundial, ahora resulta claro que el modelo que se propone el Asia ya no es el de Occidente sino la realización de una civilización propia que, aprovechando las ventajas tecnológicas y científicas occidentales, conserve un espíritu propio. En consecuencia, el Asia -y, en particular, la China- crece y madura no como occidental sino como una civilización propia, con sus propios valores culturales, que se siente igual a la occidental y exige ser tratada en la misma forma. Nos encontramos, entonces, ante un movimiento histórico que, abandonando las propuestas de una universalidad homogénea, busca afirmar la especificidad de cada civilización no con el objeto de aislarla sino de relacionarse con las otras sin perder su identidad: la globalización no es una uniformización sino una articulación de las diferencias.

En este proceso de reconocimiento y aceptación de la diversidad mundial y, consecuentemente, de descentramiento y multipolaridad, América Latina tiene que consolidarse también como una civilización propia y, a su vez, conservando siempre sus vínculos tradicionales con Occidente, establecer relaciones con las demás civilizaciones, entre las que el Asia ocupa obviamente un lugar preponderante.

Ahora bien, si aceptamos esta perspectiva del futuro, el Perú encuentra una ventaja importante dentro de ese contexto por el hecho de que Asia no le es extraña ya que los descendientes de los inmigrantes asiáticos hacen que el Perú tenga un vínculo constitutivo con ese continente. Para los peruanos, China no es simplemente un país exótico y distante sino que ha sido parte de nuestra vida desde nuestra infancia. Desde niños aprendimos que China no se encontraba al otro lado del mundo sino muy cerca de nuestras casas, en la esquina de la cuadra, en esa pequeña tienda donde una atenta y risueña familia de ojos rasgados nos regalaba caramelos y donde se compraban un sinnúmero de artículos que se necesitaban en nuestros hogares. Para los chinos, por otra parte, el Perú es un país que alberga una significativa comunidad de paisanos y, lo que es más importante, que está constituido por un número enorme de descendientes de chinos que son ahora peruanos pero que tienen sin duda un entroncamiento ancestral con China. De manera que, a pesar de las inmensas dificultades que existen en la comunicación entre dos civilizaciones, el Perú tiene un puente tendido en sus relaciones con la China gracias a esos inmigrantes que se han integrado dentro de la peruanidad sin perder el contacto con sus raíces.

Como puede verse, la inmigración china nos ha dado muchos aspectos positivos. Pero, ¿en qué medida esos aportes son realmente importantes? Desde mi punto de vista, se trata de aportes fundamentales; y utilizo este adjetivo en el sentido de que fundamentan el Perú de hoy, es decir, tienen una relevancia tal que sin ellos el Perú no sería lo que es.

La historia es una sucesión de hechos y de estados dinámicos que dependen uno del otro: antes de que las cosas sucedan, no existe un camino predeterminado sino un marco de opciones. Pero cuando las cosas han pasado, esa sucesión de opciones históricamente adoptadas se fundamentan unas a otras porque son condición unas de otras.

Por eso podemos decir que sin el esfuerzo chino, el Perú de hoy sería distinto; consecuentemente, la presencia china no ha sido un elemento meramente circunstancial en la historia peruana sino que ha contribuido a hacer esa historia, a crear ese Perú.

### 3. El desagravio

Debemos mucho, entonces, a esos chinos que valientemente cruzaron el más grande de los mares para vivir mejor y contribuir a la vida mejor de otros pueblos.

Les debemos su aporte a la economía nacional, les debemos su contribución a la cultura peruana, les debemos quizá nuestro refinamiento culinario, les debemos interesantes posibilidades de futuro, les debemos muchas cosas.

Pero mas allá de todo ello, les debemos también un desagravio. Dije hace unos días, en la presentación de la edición en chino de mi novela sobre este tema, que la historia de la inmigración china en el Perú del siglo pasado es dolorosa para los actuales descendientes de esos inmigrantes, porque les recuerda que existió una época en la que sus abuelos fueron maltratados, afrentados y vejados por los peruanos de entonces. Pero resulta también dolorosa para los descendientes de esos peruanos porque nos recuerda la vergüenza de lo que nuestros abuelos hicieron con los chinos inmigrantes.

Y agregué que una buena relación no puede construirse sobre una herida que simplemente ha sido ocultada en lo profundo del alma del heridor y del herido: es preciso reconocerla, limpiarla y sanarla. El herido debe curar su herida y olvidarla; y el heridor debe reconocer la ofensa que ha cometido, arrepentirse de ella y abrirle los brazos al herido. Es sólo con este acto primordial de honestidad que las manos tendidas recíprocamente por heridor y herido podrán apretarse de corazón, transformando una relación que fue inicua en una unión fraterna.

Es por ello que se requiere de un acto de purificación que permita a los peruanos de hoy, descendientes y no descendientes de chinos, liberarnos definitivamente de un pasado que hoy todos quisiéramos que no hubiera ocurrido. Sólo después de esa purificación, como dice Li Tai Po,

«La túnica puede frotarse muchas veces,  
Sin el menor miedo de ensuciarse con el polvo.»

Y yo quisiera que hoy, a los ciento cincuenta años del inicio de esa valerosa y sacrificada inmigración, este acto solemne en el Congreso de la República, constituya un reconocimiento de nuestra culpa y a la vez un homenaje cálido y agradecido a la comunidad china y, muy en particular a esos primeros chinos que abrieron el difícil camino de la integración.